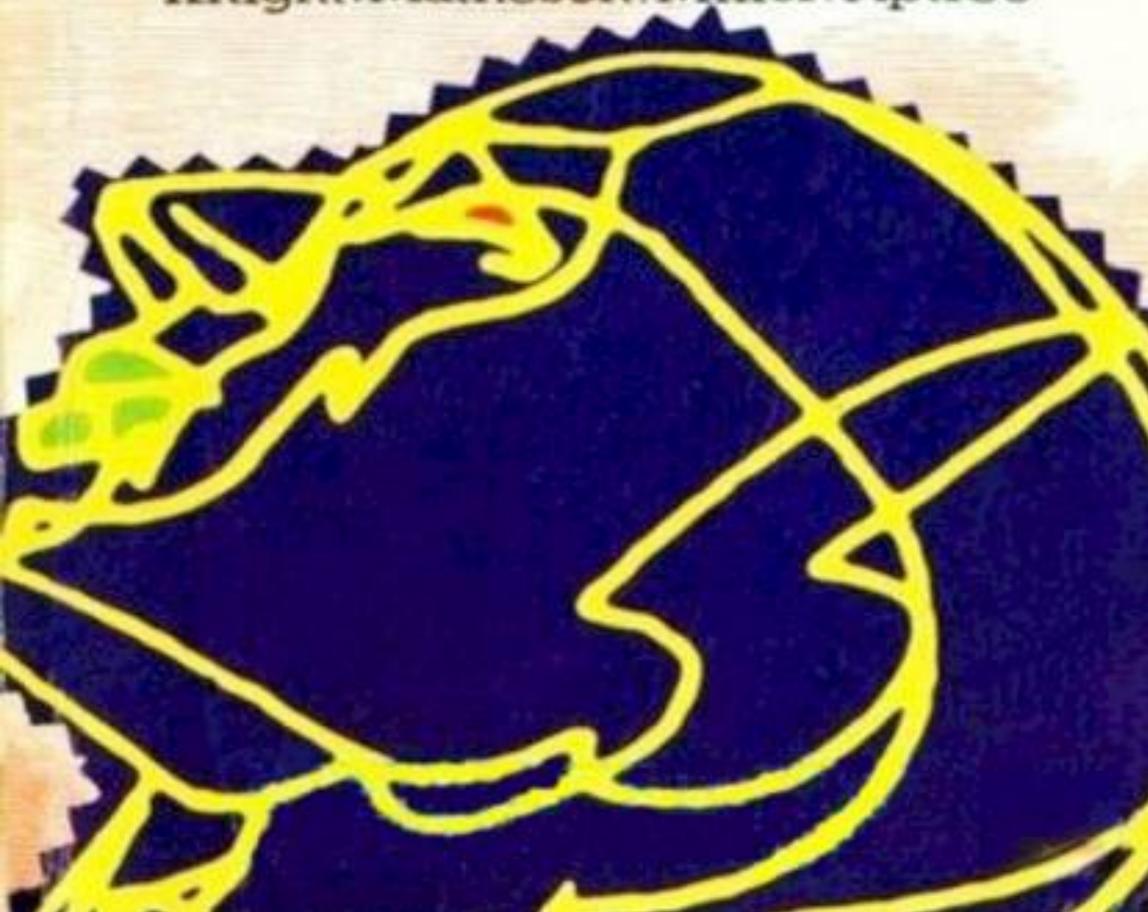


# CIENCIA FICCION

## SELECCION 39

Aldiss. Asimov. Bester. Heinlein  
Knight. Matheson. Miller. Tiptree



Recientemente, *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, fuente habitual de nuestras selecciones de ciencia ficción, celebró su treinta aniversario con un número especial de más de trescientas páginas, en el que se recogen algunos de los más importantes relatos publicados a lo largo de la historia de la revista, relatos que han supuesto auténticos hitos en el desarrollo de la ciencia ficción.

En esta selección se reúnen ocho de esos relatos, verdaderos «clásicos» en los que los más afamados autores (Asimov, Bester, Heinlein, Matheson y otros) alcanzan sus más altas cotas de calidad e imaginación.

## Contenido

Presentación: *Ocho relatos insuperables*. Carlo Frabetti.  
*Afectuosamente Fahrenheit (Fondly Fahrenheit)*, Alfred Bester, 1954.

*No con una explosión (Not With a Bang)*, Damon Knight, 1950.

*Cántico a Leibowitz (A Canticle for Leibowitz)*, Walter M. Miller, Jr., 1955.

*Las mujeres que los hombres no ven (The Women Men Don't See)*, James Tiptree. Jr., 1973.

*Nacido de hombre y mujer (Born of Man and Woman)*, Richard Matheson, 1950.

«*Todos vosotros, zombies...*» («*All You Zombies...*»), Robert A. Heinlein, 1959.

*Soñar es un asunto privado (Dreaming is a Private Thing)*, Isaac Asimov, 1955.

*Pobre pequeño guerrero (Poor Little Warrior)*, Brian W. Aldiss, 1958.

## PRESENTACIÓN

### Ocho relatos insuperables

*Recientemente, The Magazine of Fantasy and Science Fiction celebró su treinta aniversario con un número especial de más de trescientas páginas, en el que se recogen algunos de los más importantes relatos publicados a lo largo de la historia de la revista, relatos que han supuesto auténticos hitos en el desarrollo de la ciencia ficción.*

*Aunque varios de estos relatos habían sido publicados ya en castellano, era demasiado fuerte la tentación de dedicar por entero una de nuestras selecciones a reproducir parte de este número extraordinario (en ambos sentidos de la expresión). Por otra parte, algunos de los relatos ya publicados sólo se conocían a través de traducciones pésimas (como el excelente cuento corto de Brian W. Aldiss Pobre pequeño guerrero), y otros son prácticamente inencontrables desde hace muchos años.*

*Y puesto que se trata de ocho relatos fuera de lo común, parece indicado presentarlos uno por uno:*

*Afectuosamente Fahrenheit, publicado en el número de agosto de 1954 de «F & SF», es un «SFWA Hall of Fame», es decir un relato considerado por la Asociación Estadounidense de Escritores de Ciencia Ficción como merecedor de un puesto propio en el olimpo del género. Recordemos que Alfred Bester es el autor de la inolvidable novela El hombre demolido.*

*Damon Knight es, junto con Frederic Brown, el maestro del relato corto, ocurrente y mordaz, y esta pequeña joya que es No con una explosión apareció en el segundo número de «F & SF» (invierno-primavera de 1950).*

*Cántico a Leibowitz es la narración que, posteriormente ampliada, se convertiría en la novela del mismo título, ganadora del Hugo de 1951, uno de los grandes clásicos de la ciencia ficción de todos los tiempos. El relato apareció en el número de abril de 1955 de «F & SF».*

*Las mujeres que los hombres no ven, publicado en diciembre de 1973, es el relato que consolidó la fama del misterioso James Tiptree, Jr., que resultó ser la psicóloga Alice Sheldon, una de las grandes firmas femeninas que en los últimos años han dado nuevo impulso a la ciencia ficción.*

*Nacido de hombre y mujer, publicado en el número de verano de 1950, es el más famoso cuento corto de Richard Matheson, autor de Soy leyenda y El hombre menguante, y bastaría para ganarle un puesto seguro entre los escritores de relatos insólitos e inquietantes.*

*«Todos vosotros, zombies...» es uno de los más famosos relatos sobre paradojas temporales. Tal vez resulte poco novedoso al releerlo hoy, pero desde luego no fue así cuando se publicó por primera vez, en marzo de 1959.*

*Soñar es un asunto privado, publicado en diciembre de 1955, es una de las 285 colaboraciones con las que Isaac Asimov, entre artículos y relatos, ha contribuido a la andadura de «F & SF».*

*Pobre pequeño guerrero, aparecido en abril de 1958, se publicó en España hace unos quince años en una versión infame, y hubo que esperar a leer el original o una excelente traducción argentina para darse cuenta de que era uno de los mejores relatos de Aldiss.*

*Y nada más, salvo advertir al lector que tiene entre sus manos un conjunto de narraciones difícilmente superable,*

*una dosis de estímulo mental que tal vez resulte excesivo ingerir de una sola vez.*

CARLO FRABETTI

# AFECTUOSAMENTE FAHRENHEIT

Alfred Bester

Él no sabe cuál de nosotros soy yo en estos días, pero ellos saben una cosa. Debes poseerte a ti mismo y nada más. Debes vivir tu propia vida y morir tu propia muerte... o de lo contrario morirás la de otro.

Los arrozales de Paragon III se extienden por cientos de kilómetros como un tablero de tundras, un mosaico azul y marrón bajo un cielo anaranjado y abrasante. Por la tarde, las nubes se agitan como el humo y los arrozales crujen y murmuran.

Una larga hilera de hombres marchaba entre los arrozales la tarde que nos escapamos de Paragon III. Hombres silenciosos, armados y vigilantes. Una larga línea de estatuas que se perfilaban contra el humeante cielo. Todos los hombres llevaban un arma. Todos tenían un transmisor-receptor en su cinto, con el auricular en el oído, el micrófono en el cuello y la brillante pantalla de visión atada a la muñeca como si fuera un reloj verdoso. La multitud de pantallas sólo mostraba una multitud de senderos individuales a través de los arrozales. Los indicadores no emitían más sonido que el crujido y chapoteo de las pisadas. Los hombres hablaban muy poco, gruñidos dirigidos a todos los demás.

—Nada aquí.

—¿Dónde es aquí?

—Los campos de Jenson.

—Te estás alejando demasiado hacia el oeste.

—Acércate a esa línea.

—¿Alguien se ocupó del arrozal de Grimson?

—Sí. Nada.

—Ella no ha podido ir tan lejos.

- Pueden haberla llevado.
- ¿Crees que estará viva?
- ¿Por qué iba a estar muerta?

El lento estribillo recorrió la larga hilera de batidores avanzando hacia el humeante crepúsculo. La fila de batidores oscilaba como una serpiente retorciéndose, pero sin cesar nunca en su despiadado avance. Cien hombres separados quince metros uno del otro. Mil quinientos metros de siniestra búsqueda. Un kilómetro y medio de colérica resolución, extendida de este a oeste en un recinto de animosidad. Cayó la noche y los hombres encendieron sus linternas. La ondulante culebra se convirtió en un collar de oscilantes diamantes.

- Aquí no hay nada.
- Nada aquí.
- Nada.
- ¿Y los campos de Alien?
- Ahora los estoy revisando.
- ¿La habremos perdido?
- Quizá.
- Volveremos atrás y nos aseguraremos.
- Tenemos trabajo para toda la noche.
- Nada en los arrozales de Alien.
- ¡Maldición! ¡Tenemos que encontrarla!
- La encontraremos.
- Aquí está. Sector siete. Conexión.

La línea se detuvo. Diamantes inmóviles a la expectativa. Silencio. Todos los hombres observaron la brillante pantalla verde de sus muñecas, conectando el sector siete. Todas las pantallas mostraron una pequeña figura desnuda sobre el lodo de un arrozal. Junto a la figura se veía la estaca con el nombre del propietario: VANDALEUR. Los extremos de la línea convergieron hacia el arrozal de Vandaleur. El collar se convirtió en un racimo de estrellas. Un centenar de hombres reunidos en torno a un pequeño cuerpo desnudo, una niña muerta en un arrozal. No había agua en su

boca. Su cuello presentaba marcas de dedos. Su rostro inocente estaba golpeado. Su cuerpo, destrozado. La sangre coagulada de su piel había formado duras costras.

—Murió hace tres o cuatro horas como mínimo.

—Su boca está seca.

—No ha muerto ahogada, sino golpeada salvajemente.

Los hombres maldijeron en voz baja en medio del calor y la oscuridad. Al recoger el cuerpo, uno de ellos detuvo a los otros y señaló las uñas de la niña. Había luchado con su asesino. Bajo las uñas había partículas de carne y brillantes residuos de sangre escarlata, aún líquida, todavía no coagulada.

—Esa sangre también debería estar coagulada.

—Curioso.

—No tanto. ¿Qué tipo de sangre es el que no se coagula?

—La de los androides.

—Parece que fue asesinada por uno de ellos.

—Vandaleur tiene un androide.

—Es imposible que la haya matado un androide.

—Tiene sangre androide bajo las uñas.

—La policía lo comprobará.

—La policía demostrará que estoy en lo cierto.

—Pero los androides no pueden matar.

—Es sangre de androide, ¿no?

—Los androides no pueden matar. Están hechos así.

—Pues parece que hicieron mal a uno de ellos.

—¡Dios mío!

Y aquel día el termómetro registró 92,9 gloriosos grados Fahrenheit.

Así que nos encontramos a bordo de la *Paragon Queen* camino de Megaster V, James Vandaleur y su androide. James Vandaleur contó su dinero y lloró. En el camarote de segunda clase le acompañaba su androide, una magnífica

criatura sintética de facciones clásicas y grandes ojos azules. Sobre su frente, en un camafeo de carne, estaban las letras AM, indicativas de que se trataba de uno de esos raros androides de aptitudes múltiples, valorado en cincuenta y siete mil dólares al cambio corriente. Allí estábamos, llorando, contando y observando tranquilamente.

—Mil doscientos, mil cuatrocientos, mil seiscientos. Mil seiscientos dólares —sollozó Vandaleur—. Eso es todo. Mil seiscientos dólares. Mi casa fue valorada en diez mil. La tierra en cinco mil. Había muebles, coches, mis cuadros, grabados, mi avión, mi... Y sólo me quedan mil seiscientos dólares. ¡Dios mío!

Salté de la mesa y me dirigí hacia el androide. Cogí una tira de las maletas de cuero y golpeé al androide. No se movió.

—Debo recordarte —dijo el androide— que valgo cincuenta y siete mil dólares al cambio corriente. Debo advertirte que estás poniendo en peligro una propiedad valiosa.

—¡Maldita máquina loca! —gritó Vandaleur.

—No soy una máquina —replicó el androide—. El robot es una máquina. El androide es una creación química de tejido sintético.

—¿Qué te pasó? —chilló Vandaleur—. ¿Por qué lo hiciste? ¡Maldito seas! —Golpeó salvajemente al androide.

—Debo recordarte que no se me puede castigar —dije yo—. El síndrome placer-dolor no está incorporado a la síntesis del androide.

—Entonces, ¿por qué la mataste? —vociferó Vandaleur—. Si no fue por gusto, ¿por qué...?

—Debo recordarte que los camarotes de segunda clase de estas naves no están insonorizados —dijo el androide.

Vandaleur soltó la tira y se quedó en pie, jadeando y contemplando la criatura de su propiedad.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué la mataste? —pregunté.

—No lo sé —respondí.

—Primero fueron actos de malicia. Pequeñas cosas. Destrucción insignificante. Debí darme cuenta de que algo iba mal contigo. Los androides no pueden destruir. No pueden hacer daño. Ellos...

—El síndrome placer-dolor no está incorporado a la síntesis del androide.

—Luego llegó el incendio premeditado. Luego destrucción grave. Luego asalto físico... Aquel ingeniero de Rigel. Cada vez peor. Cada vez teníamos que irnos más deprisa. Ahora, un asesinato. ¡Dios mío! ¿Qué te ocurre? ¿Qué ha sucedido?

—El cerebro del androide no posee dispositivos de autocomprobación.

—Cada vez que teníamos que irnos era un paso atrás. Mírame ahora. En un camarote de segunda clase. Yo. James Paleologue Vandaleur. En tiempos, mi padre fue el más rico... Ahora, mil seiscientos dólares. Eso es todo lo que tengo. Y tú. ¡Maldito seas!

Vandaleur alzó la tira para golpear de nuevo al androide, pero se arrepintió y se derrumbó sobre una litera en medio de sollozos. Por fin recobró la calma.

—Instrucciones —dijo.

El androide de aptitudes múltiples respondió al instante. Se puso en pie y esperó órdenes.

—Ahora me llamo Valentine. James Valentine. Sólo estuve un día en Paragon III, para embarcarme en esta nave rumbo a Megaster V. Mi ocupación: agente de un androide AM, propiedad privada, que se alquila. Propósito de la visita: establecerme en Megaster V. Arregla los papeles.

El androide sacó de una bolsa el pasaporte y demás documentos de Vandaleur, buscó papel y lápiz y se sentó a la mesa. Falsificó las nuevas credenciales de Vandaleur con aquella mano precisa y perfecta que podía dibujar, escribir, pintar, tallar, grabar, fotografiar, diseñar, crear y construir. Su propietario me observaba lastimosamente.

—Crear y construir —murmuré—. Y ahora destruir. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué voy a hacer? ¡Cristo! Si tan sólo pudiera librarme de ti, si no tuviera que vivir de ti... ¡Dios mío! Si hubiese heredado un poco de valor en lugar de heredarte a ti...

Dallas Brady era la principal diseñadora de joyas de Megaster. Era bajita, regordeta, amoral y una ninfómana. Alquiló el androide de aptitudes múltiples de Vandaleur y me puso a trabajar en su tienda. Sedujo a Vandaleur. Una noche, en la casa de ella, Dallas preguntó bruscamente:

—Te apellidas Vandaleur, ¿verdad?

—Sí —murmuré. Y luego añadí—: ¡No! ¡No! Valentine, me llamo James Valentine.

—¿Qué sucedió en Paragon? Creía que los androides no podían matar ni destruir la propiedad. Son directrices e inhibiciones primarias incluidas en el momento de su sintetización. Todas las empresas garantizan que los androides no pueden matar.

—¡Valentine! —insistió Vandaleur.

—Por favor, no sigas —dijo Dallas Brady—. Lo sé desde hace una semana. Y no he llamado a la policía, ¿verdad?

—El apellido es Valentine.

—¿Quieres demostrarlo? ¿Quieres que llame a los polizontes? —Dallas se incorporó y cogió el teléfono.

—¡Por el amor de Dios, Dallas! —Vandaleur se levantó de un salto y pugnó por arrebatarse el aparato. Dallas, muy risueña, se defendió hasta que su acompañante desistió, llorando de vergüenza y desesperación.

—¿Cómo lo averiguaste? —preguntó finalmente...

—Los periódicos dedican páginas enteras al asunto. Y Valentine se parece mucho a Vandaleur. No es difícil adivinar la verdad, ¿no te parece?

—Supongo que no. No soy muy inteligente.

—Tu androide ha establecido todo un récord, ¿verdad? Asalto físico. Incendio premeditado. Destrucción. ¿Qué pasó en Paragon?

—Secuestró a una niña. Se la llevó a los arrozales y la mató.

—¿La violó?

—No lo sé.

—Te cogerán.

—¿Crees que no lo sé? ¡Cristo! Llevamos dos años huyendo. Varios planetas en dos años. Debo de haber abandonado cincuenta mil dólares en propiedades durante esos dos años.

—Será mejor que averigües lo que falla en tu androide.

—¿Cómo? ¿Acaso puedo ir a una clínica y pedir una reparación general? ¿Qué voy a decir? «Mi androide se ha convertido en un asesino. Arréglenlo.» Llamarán a la policía al momento. —Empecé a temblar—. Desmantelarán al androide en veinticuatro horas y quizá me acusen de cómplice de asesinato.

—¿Por qué no lo reparaste antes de que se volviera un asesino?

—No podía arriesgarme —explicó de mala gana Vandaleur—. Si empezaban a experimentar con lobotomías, química corporal y cirugía endocrina, me exponía a que destruyeran sus aptitudes. ¿Qué me habría quedado para alquilar? ¿De qué viviría?

—Podrías trabajar. La gente lo hace.

—¿Trabajar en qué? No soy bueno en nada. ¿Cómo iba a competir con androides y robots especialistas? ¿Quién puede hacer eso, a no ser que tenga un talento excepcional para un trabajo concreto?

—Sí. Eso es cierto.

—Siempre viví a costa de mi padre. ¡Maldito sea! Tuvo que arruinarse precisamente antes de morir. Me dejó el androide y nada más. Lo único que puedo hacer es vivir de lo que gano con él.

—Será mejor que lo vendas antes de que los polizontes te encuentren con él. Puedes vivir con cincuenta de los grandes. Invierte el dinero.

—¿Al tres por ciento? ¿Mil quinientos dólares anuales? ¿Cuando el androide me da el quince por ciento de su valor? Ocho mil al año, eso es lo que me da. No, Dallas. Tengo que seguir con él.

—¿Y qué vas a hacer con respecto a su gusto por la violencia?

—No puedo hacer nada... como no sea vigilar y rezar. Y tú... ¿qué piensas hacer al respecto?

—Nada. No es de mi incumbencia. Pero hay una cosa... Debería recibir algo por mantener la boca cerrada.

—¿Qué?

—El androide trabajará gratis para mí. Los demás que te paguen, pero yo no.

El androide de aptitudes múltiples funcionó. Vandaleur obtuvo sus honorarios y pagó sus gastos. Sus ahorros empezaron a crecer. Cuando la cálida primavera de Megaster V se convirtió en un ardiente verano, yo empecé a investigar granjas y propiedades. Era posible que nos estableciéramos allí permanentemente en cuestión de un año o dos, dado que las exigencias de Dallas Brady no se habían vuelto exageradas.

El primer día caluroso del verano, el androide empezó a cantar en el taller de Dallas Brady. Inclinado sobre el horno eléctrico que, además del tiempo, hacía insoportable la estancia en la tienda, cantó una vieja canción que había sido popular hacía medio siglo.

*Oh, it's no feat to beat the heat.  
All reet! All reet!  
So jeet your seat*